

# Aquel invierno

Tempus

Por la ventanilla del avión veo un cielo nuboso, gris oscuro levemente teñido de rosa. Es el momento mágico que emplea la tarde para fundirse con las primeras sombras. El viento parece soplar sin ritmo, a ráfagas, arrastrando pequeños copos de nieve que dan consistencia a éste invierno, anunciado como largo y frío. Hemos aterrizado y me dirijo con mi maletín hacia los pasillos bien iluminados y cálidos de la terminal de pasajeros, en el aeropuerto de Stansted. Ayer me llamó por teléfono Katia para anunciarme la muerte repentina de su marido, mi tío-abuelo Frederick Duncan.

-¡Señor Andrew, señor Andrew!, oigo la voz de una joven que agita un letrero con mi nombre. Se presenta como Irene y es alta, morena, ancha sonrisa y una mirada particularmente incisiva, penetrante, muy expresiva. Dice ser enfermera de mi tío, y se presta llevarme en taxi a la mansión de mi familia. Mi presencia en el condado de Essex está justificada: Frederick, era mi padrino y mecenas ya que se hacía cargo, desde la muerte de mis padres, de todo lo concerniente a mis estudios y estancia en el campus de la Universidad de Edimburgo. Por otra parte, Katia, su segunda esposa, y yo, somos los únicos herederos de su extenso patrimonio. Enfrascado en estos pensamientos, apenas me percató de un comentario de Irene:

-Ya sabe que su tío era muy querido en la comarca, y a los vecinos, incluso a su servidumbre, les ha sorprendido su muerte repentina. Era un hombre que gozaba, aparentemente, de buena salud-

-¿Quién certificó su muerte? - pregunto,

-El Dr. Charles Merman, su médico de siempre, pero no ha convencido a nadie con sus explicaciones; incluso en los mentideros de la ciudad se comenta la posibilidad de una muerte accidental, similar a la que tuvo, hace unos años Aurora, hija única de su primer matrimonio.

Yo no conocí a Aurora, pero vuelvo a preguntar:

-¿Certificó el Dr. Merman también la muerte de Aurora?-

-Sí, pero el certificado médico, en ésta ocasión, se perdió en un incendio y no hubo ninguna investigación. Su muerte fue un misterio sin aclarar.

- Y la Señora Katia, ¿qué opina de todo esto?, digo-

-Aparentemente está triste, aunque lo que más le está afectando es la imposibilidad de mantener cerrados los parpados de su marido. Tiene los ojos siempre abiertos, y esto le ocasiona a ella una gran inquietud.

La enfermera ha debido observar que no tengo muchas ganas de hablar y permanece callada el resto del viaje. A veces me gustaría vivir en la orilla de mi corto universo, exiliado de secretos inasibles, feliz sin buscar mar adentro. Irene se ha quedado despidiendo al taxista y yo sigo solo por el jardín, rodeando el perfil difuso de un bosquecillo de abetos. Una niebla intensa ha tomado el relevo de la nevada, hasta el punto que apenas deja ver la silueta del caserón familiar. Los comentarios anteriores de Irene, han excitado mi imaginación y me hacen mirar la casa de nuevo, ésta vez envuelta en una atmósfera opresiva., llena de dudas. Al parecer lo encontraron muerto por la mañana, echado en la cama de una pequeña habitación que hay en la planta baja del edificio; en la mesita de noche había un vaso con un poco de agua, que su mujer le tenía siempre preparado. Alguien me acompaña hasta la habitación donde yace su cadáver, con los ojos abiertos, un discreto color rosado en la piel y una expresión de sorpresa en su rostro. Al pie de la cama está Katia, su joven esposa, que al verme se levanta para darme un abrazo protocolario, y luego a ver en su cara una mueca de contrariedad porque el cadáver sigue con los ojos abiertos. Con suavidad aplico la yema de mis dedos a sus parpados que se cierran mansamente, pero al separar la mano, se vuelven a abrir con inusitada rapidez, con un movimiento compulsivo, automático, como resortes metálicos que parecen responder a un deseo imperativo de ultratumba; su mirada se dirige a un cuadro que hay frente a su lecho de muerte. Poco después salgo al rellano de la puerta buscando aire nuevo, y entonces veo a Irene esperando que alguien la lleve a su Residencia. Le ofrezco llevarla en un coche de casa, y acepta encantada. Durante el trayecto me dice que estudia en la Escuela de Enfermería, un edificio adjunto al Gran Hospital; allí vive en régimen de internado hasta que supere los estudios para enfermera titulada. También me insinúa que desconfíe de Katia, actual esposa de mi tío-abuelo; en el hospital se comenta que tiene un *affaire* amoroso con el Dr. Merman, médico de la familia. Empieza de nuevo a nevar cuando llegamos a la verja que da entrada al Colegio de Enfermería, dejo mi paraguas a Irene y, mientras la veo desaparecer por la puerta de su Residencia, siento que mi cabeza es un hervidero de preguntas sin respuesta, un pandemónium de sospechas. De regreso, voy directamente a

la habitación donde yace el cadáver, para observar que sigue con los ojos abiertos, mirando obstinadamente el cuadro que hay en la pared de enfrente. Ese cuadro es una buena copia del óleo: “La mort de Socrate”, de Jacques-Louis David y representa el suicidio de Sócrates, que se envenena con cicuta. De repente, una idea macabra pasa por mi mente y un escalofrío recorre mi cuerpo. La súbita muerte de mi tío-abuelo, su inquietante mirada al cuadro, el color rojo claro de su piel, me hace sospechar una tragedia. La desaparición del vaso de agua que había en la mesita de noche y la rapidez del Dr. Merman en certificar su muerte, son circunstancias que, en su conjunto, podrían desembocar en algo terrible: el asesinato de mi tío-abuelo. Al llegar a éste punto de reflexión, recuerdo las sospechas veladas que apuntaba Irene, la estudiante de enfermería, y por todo ello llamo urgentemente a la policía para que aclare éste turbio asunto. Mi tío Frederick sigue vivo en el tramo de ternura que aún pervive en mi memoria; solo me queda el frío decorado de un extenso campo de ausencias, un paisaje de penumbras ceñido a mi cuerpo, y esa clase de soledad que cristaliza en amargura.

Muy de mañana, me paso por la Escuela de Enfermería, para despedirme de Irene y recoger el paraguas que le dejé anoche. Cuando pregunto por ella, nadie la conoce, no es estudiante de ése centro. Mirando las orlas que cuelgan en el pasillo, me quedo mudo cuando veo su rostro en una de ellas, de muchos años atrás. Inmediatamente pregunto a la enfermera jefe quién es aquella chica, y la reconoce como Aurora, hija del Dr. Frederick Duncan, fallecida antes de acabar sus estudios. Está en la orla, según me dice, por el cariño que le tenían a mi tío, importante mecenas del Colegio. Envuelto en un sudor frío, salgo de aquel lugar y voy al cementerio de la ciudad. En la tumba de Aurora, encuentro su foto, y colgando de un brazo de la cruz que hay en la cabecera, ¡mi paraguas!.

Horas más tarde, en el avión, la tele da una noticia:” Posible asesinato del Dr. Frederick Duncan en su mansión por envenenamiento con cianuro. La investigación se hace extensiva a su hija Aurora, muerta en parecidas circunstancias hace doce años. Se sospecha de su actual mujer, Katia, y del médico de la familia, el Dr. Merman”.

Poco a poco me voy desprendiendo de estupores y miedos, pero siempre estaré atado a mis dudas, sin saber qué quiero, qué espero, sentado en el orgullo inútil de mil preguntas. Solo sé que vivo el desarrollo luminoso de una trama con final en sombras y un despertar desconocido, al otro lado, adherido a Dios, sin entender su silencio.